

I

Debo empezar diciendo que lo que estoy a punto de emprender será, en el mejor de los casos, un análisis muy parcial de ese enorme asunto que llamamos escritura. Me veré obligada a omitir numerosos aspectos y matices al respecto, y otros muchos, aunque seguro que existen, nunca llegarán a mi conocimiento. En la visión intelectual, como en la física, surgen diversas perspectivas a partir de las cuales, una vez adoptadas, podremos contemplar el asunto con arreglo a un enfoque poliédrico: el punto central, desde donde todos los puntos irradian su luz o hacia donde convergen, no cesará de moverse, incluso en su aparente

condición de núcleo escénico, de valle que abarcamos ya desde esta loma, ya desde aquella. Las diversas líneas estarán o no conectadas, y algunos tramos ocuparán una mayor o menor porción del campo visual, cualesquiera que sean sus dimensiones absolutas. Por ello, según el punto de vista, la importancia relativa variará una y otra vez, y los elementos se verán omitidos, plegados, ensanchados o visibilizados. Respecto al asunto que nos ocupa, lo mejor será declarar al principio que el punto de vista desde el cual abordaré la escritura, tal vez por una cuestión de preferencia, puede definirse más o menos como psicológico. Lo que me interesa, y sobre ello he reflexionado, son las relaciones entre el escritor y el lector. Todos los problemas literarios, todas las cuestiones de forma, lógica, sintaxis, prosodia e incluso costumbre y tradición, me parece que dependen de la dinámica de la expresión y la impresión, que se refieren, en última instancia, al escritor y el lector. A mi entender, la literatura, cuando es un arte libre y no un mero proceso utilitario, se traduce en el arte de evocar imágenes y emociones en el lector, similares

a las que una serie de circunstancias externas y peculiaridades innatas han evocado y creado en el escritor. Concibo la obra, el poema o el ensayo reales como una porción de la obra completa del arte literario, cuya consumación depende de la respuesta del lector a las sugerencias del escritor; y, por tanto, concibo..., pero no, prefiero no anticipar las conclusiones que ya empiezan a fraguarse con fuerza en mi interior acerca de la finalidad de la obra escrita. Por ahora, me limitaré a mencionar, para facilitar el seguimiento de lo que será un conjunto de observaciones deshilvanadas, que concibo la escritura, en su vertiente más espiritual, como el arte de la más alta y gozosa percepción de la vida llevado a cabo por el escritor y, en su vertiente más técnica, como la destreza de manipular contenidos en la mente del lector. Así, considero que la escritura, en un sentido muy especial, es un arte emocional.

La escritura es, en efecto, un arte de la emoción, en un sentido muy distinto de las artes visuales o la música, porque, mientras que todo arte aspira a despertar sus propias emociones o placeres

específicos, y, en ocasiones incluso llega a subordinarlo todo a otra clase de emociones distintas a esas, la escritura, en tanto en cuanto es un arte libre y no un mero mecanismo de transmisión de hechos y teorías, emplea la emoción, además, como material real para producir más emociones. El propósito del escritor, que hasta la fecha es un artista, no consiste en conformar un cuadro completo o un silogismo convincente, ni tampoco pasa por intentar reproducir las cosas en sus relaciones ya con el espacio, ya con el tiempo, ni siquiera, salvo cuando deja de ser un artista para convertirse en científico, en sus relaciones causa-efecto. Las relaciones entre las cosas a las cuales se siente impelido a registrar, las relaciones que desea transferir de su propia conciencia a la de sus lectores, son las relaciones llamadas emociones, estados de ánimo o talante. El talante surge a partir de elementos muy variados —visiones, sonidos, palabras, gestos—, así como de unas condiciones tan vagas como idiosincráticas. Sin embargo, y aquí es donde nos topamos con una importante distinción entre la escritura y las artes visuales, el talante

no viene dado por ningún elemento en su totalidad. Los elementos antes mencionados establecen vínculos con el escritor solo en ciertos puntos muy concretos, pero no se necesitan como conjunto o, en todo caso, ese conjunto no resulta operativo. La conciencia del escritor, por así decirlo, tiene una superficie compuesta por varios fragmentos, no por las visiones completas a las que sí acceden el pintor y el escultor; y esos fragmentos, además, son bastante heterogéneos y están ahí convocados por los sentidos que conocemos y, sobre todo, por otros sentidos que no alcanzamos siquiera a considerar. Pero esos fragmentos contienen la esencia activa, el sabor, el aroma, el timbre, ese algo que acaba provocando una actitud determinada. El escritor selecciona esos fragmentos cuando anhela conferir esa actitud a los demás, o bien preservarla para sí mismo. Así como Hegel decía que todo arte tiende a la condición de música, nosotros podemos afirmar, aún con mayor certeza, que toda escritura, en su sentido más artístico, tiende a la condición de lírica.